



**HAL**  
open science

# La Hispanidad bajo el franquismo: el americanismo al servicio de un proyecto nacionalista

David Marcilhacy

► **To cite this version:**

David Marcilhacy. La Hispanidad bajo el franquismo: el americanismo al servicio de un proyecto nacionalista. Xosé M. Núñez Seixas (ed.); Stéphane Michonneau (ed.). Imaginarios y representaciones de España durante el franquismo, Casa de Velázquez, pp.73-102, 2014, 9788490961438. hal-03831055

**HAL Id: hal-03831055**

**<https://hal.science/hal-03831055v1>**

Submitted on 19 Dec 2022

**HAL** is a multi-disciplinary open access archive for the deposit and dissemination of scientific research documents, whether they are published or not. The documents may come from teaching and research institutions in France or abroad, or from public or private research centers.

L'archive ouverte pluridisciplinaire **HAL**, est destinée au dépôt et à la diffusion de documents scientifiques de niveau recherche, publiés ou non, émanant des établissements d'enseignement et de recherche français ou étrangers, des laboratoires publics ou privés.

## LA HISPANIDAD BAJO EL FRANQUISMO

### EL AMERICANISMO AL SERVICIO DE UN PROYECTO NACIONALISTA

David Marcilhacy

*Université Paris-Sorbonne*

Desde fines del siglo XIX, el nacionalismo español tendió a considerar el subcontinente americano como una prolongación de la propia identidad nacional. Como subraya José Luis Abellán<sup>1</sup>, la idea de América ha constituido en la historia contemporánea un «síndrome» del pensamiento español. Por eso el hecho americano aparece inseparable de la reflexión sobre la nación. Como referencia a unas tierras a la vez distantes y afines en sus rasgos, la proyección ultramarina le ha ofrecido a España una dimensión universal. Como soporte de mitificación y nostalgia, ha alimentado el culto de lo hispánico. A los ideólogos franquistas no les escapó el enorme potencial propagandístico que contenía el americanismo. La construcción de un imaginario nacionalista ad hoc, que el régimen dictatorial establecido en 1939 puso a su servicio, lejos de hacer tabla rasa del pasado de España, recurrió a una serie de ideas y corrientes que ya iban gestándose desde hacía varias décadas. El mito de la Hispanidad, que tuvo un arraigo y duración excepcional bajo el franquismo, así nació como un sucedáneo del americanismo restauracionista, adaptado a las necesidades ideológicas y propagandísticas del nuevo régimen.

Como veremos, la Hispanidad tuvo una doble función para la Dictadura: constituyó un potente vector de expansión y de proyección hacia el exterior para un nacionalismo frustrado; paralelamente, fue un ingrediente y soporte esencial del nacionalcatolicismo, rico en símbolos, imágenes y referencias múltiples que con el tiempo arraigarían en la conciencia popular. En este sentido, la Hispanidad —mito y doctrina— puede considerarse como uno de los más potentes instrumentos de nacionalización y socialización de la ideología reaccionaria que animaba a la Dictadura. Al estudio de ese concepto se dedica este capítulo: ¿Cuándo fue ideado? ¿Cómo fue usado por el franquismo? y ¿cuál fue su evolución durante los casi cuarenta años de régimen dictatorial?

<sup>1</sup> J. L. ABELLÁN y A. MONCLÚS, *El pensamiento español contemporáneo*, pp. 17-18. Agradezco a Miguel Rodríguez sus valiosos consejos para la redacción de este artículo.

## LA GESTACIÓN DEL MITO DE LA HISPANIDAD

El franquismo en cuanto a experiencia nacionalista no puede concebirse como mero paréntesis en la historia contemporánea española. Al contrario, sus fuentes de inspiración se remontan a las décadas situadas entre fines del siglo xix y el primer tercio del siglo xx. Los discursos nacionalistas que entonces se forjaron y las primeras experiencias de nacionalización de masas llevadas a cabo a raíz del noventa y ocho anunciaban un modelo que el régimen franquista sistematizó posteriormente<sup>2</sup>. El movimiento americanista, que pretendía desarrollar y modernizar España mediante una intensificación de las relaciones con las excolonias de América, nació en torno al IV Centenario del Descubrimiento de América (1892) como proyecto de corte liberal y reformista. Sin embargo, los reveses de la política colonial —tanto en las Antillas y Filipinas como en Marruecos— y la creciente crisis sociopolítica que pesaba sobre el régimen monárquico contribuyeron a que creciera la tentación nacionalista entre las élites restauracionistas. Irrumpiendo en un contexto de redistribución colonial a escala mundial<sup>3</sup>, la guerra hispano-estadounidense de 1898 concluyó con la pérdida de las últimas colonias del Imperio español. Como bien resumía Rafael María de Labra, con el Tratado de París «perdió España su carácter de nación americana»<sup>4</sup>. Esta derrota parecía confirmar las teorías que entonces florecían sobre el retroceso de los pueblos latinos ante unos pueblos anglosajones en pleno ascenso. Convertido en terreno predilecto de esta rivalidad de «razas», el continente americano ilustraría el declive de las naciones hispánicas, incapaces de rivalizar con las potencias del Norte.

En ese contexto, la regeneración nacional imponía que España encontrara nuevos horizontes de proyección exterior: la conquista territorial en África y la expansión cultural en Hispanoamérica representaron las dos caras de un ideal de resurgimiento. Con las muchas asociaciones que habían surgido en su estela, el hispanoamericanismo lanzó a partir de la década de 1910 una activa campaña para que el país superara los frenos al progreso —educación y reforma— y emprendiera una ambiciosa política de proyección exterior<sup>5</sup>. La dictadura de Primo de Rivera potenció la corriente americanista integrándola de lleno en la política gubernamental. El general ambicionaba constituir en el escenario internacional un bloque de naciones hispánicas encabezado por España. Convirtió así la proyección iberoamericana en un eje central de la política exterior del régimen, reorganizando en este sentido el Ministerio de Estado en 1926 y auspijando la Exposición Iberoamericana de Sevilla en 1929.

Bajo la Segunda República, a instancias del nuevo ministro de Estado, el catalán Luis de Zulueta, el americanismo oficial recuperó el planteamiento reformista y liberal de sus primeros inspiradores. Priorizando una actuación multilateral y

<sup>2</sup> I. SAZ CAMPOS, *España contra España*, pp. 48-49.

<sup>3</sup> J. M. JOVER ZAMORA, *Teoría y práctica de la redistribución colonial*.

<sup>4</sup> R. M. de LABRA, *España y América*, p. 5.

<sup>5</sup> D. MARCILHACY, *Raza hispana*.

en plano de igualdad con las repúblicas hispanoamericanas, el Gobierno Azaña renunció a los planteamientos dominantes y paternalistas que habían imperado anteriormente. El americanismo promocionado por la República pasó a ser sinónimo de paz y cooperación, de progreso y democracia. Sin embargo, contra el posicionamiento oficial, toda una franja de la derecha, fuese republicana o monárquica, se acogió a una visión mucho más conservadora del americanismo y profundizó la fractura ideológica que en su seno iba gestándose desde los años 1910<sup>6</sup>. En el período de entreguerras, el reflujo colonial causado por el desastre colonial de 1898 y las dificultades encontradas en la conquista del protectorado marroquí contribuyeron a alimentar en España el repunte de un nacionalismo defensivo que cobró un carácter cada vez más reaccionario. Los políticos e intelectuales que protagonizaron esta evolución gravitaban en torno a distintas asociaciones americanistas, como la madrileña Unión Ibero-Americana o la Real Sociedad Colombina de Huelva. En muchas tribunas floreció un discurso reivindicativo donde afloraba cierta nostalgia imperial y un rechazo de las perspectivas reformistas del americanismo republicano: la Real Academia de la Historia, con Jerónimo Bécker y Julián Juderías, la ensayística y el periodismo, con los escritores José María Salaverría, José María Pemán y Eugenio d'Ors, la diplomacia con José Antonio de Sangróniz y José de Yanguas Messía, las prédicas de eclesiásticos conservadores como Juan Bautista Benlloch y Vivó o Luis García Nieto.

La radicalización de este pensamiento se manifestó con el auge de un nuevo concepto, la Hispanidad, que poco a poco sirvió de base para la construcción de un auténtico cuerpo de doctrina reaccionaria. El primero en recurrir a este término, ya en 1909, había sido Miguel de Unamuno<sup>7</sup>. En vez del espurio término «raza», que entonces estaba en boga para designar al conjunto de los pueblos hispánicos, él prefería emplear un concepto que no pudiera interpretarse equivocadamente como racismo excluyente. Para el polígrafo vasco, heredero del espíritu noventayochista, la hispanidad era el exponente impresivo de una afinidad cultural, basada en la historia común y la comunidad lingüística forjada a lo largo de varios siglos. Lejos de cualquier españolismo, esta concepción incluyente de la Hispanidad defendía un principio de fraternidad igualitaria entre las naciones del mundo hispanohablante y constituía la razón de ser del hispanoamericanismo. No obstante, a mediados de los años 1920, varios intelectuales reinterpretaron el concepto unamuniano desde una perspectiva tradicionalista y conservadora. El primero fue Zacarías de Vizcarra, sacerdote vizcaíno afincado en Buenos Aires, quien propuso en 1926 que se llamara «Día de la Hispanidad» a la «Fiesta de la Raza», celebrada cada 12 de octubre desde hacía una década<sup>8</sup>. Vizcarra consideraba que el término hispanidad —como el de raza— tenía una doble acepción: una geográfica, como conjunto de los pueblos hispánicos, y otra

<sup>6</sup> P. C. GONZÁLEZ CUEVAS, *El pensamiento político de la derecha española*.

<sup>7</sup> M. de UNAMUNO, «Sobre la argentinidad» e *Id.*, «Hispanidad».

<sup>8</sup> F. GUTIÉRREZ LASANTA, *Tres cardenales hispánicos*, pp. 181 *sqq.*

histórica y ética, como conjunto de las cualidades distintivas de estos pueblos<sup>9</sup>. Pero el vocablo «raza» no le parecía convenir para expresar el legado espiritual que para él definía esta comunidad. Recuperando los supuestos menéndez-pelayistas, según los cuales América era el producto histórico-cultural de la evangelización española y su independencia el resultado de la secularización liberal, Vizcarra interpretaba la Hispanidad como un humanismo genuinamente español, inspirado por el catolicismo y su aspiración universal.

El escritor vasco Ramiro de Maeztu, quien fue nombrado en 1928 embajador en Argentina, conoció a Vizcarra en Buenos Aires y conectó con los sectores reaccionarios allí radicados. En los años siguientes, Maeztu, muy crítico con la democracia liberal, recuperó los supuestos de Vizcarra y, desde la revista *Acción Española*, desarrolló de modo más sistemático una teoría de la Hispanidad que permitiera inspirar una «reconquista espiritual» de España y América. La publicación en 1934 del ensayo *Defensa de la Hispanidad* sintetizaba su interpretación de la Hispanidad como programa de vertebración nacional a partir de la proyección universal del catolicismo, ideal que consideraba como esencia de «lo español» (fig. 1)<sup>10</sup>.

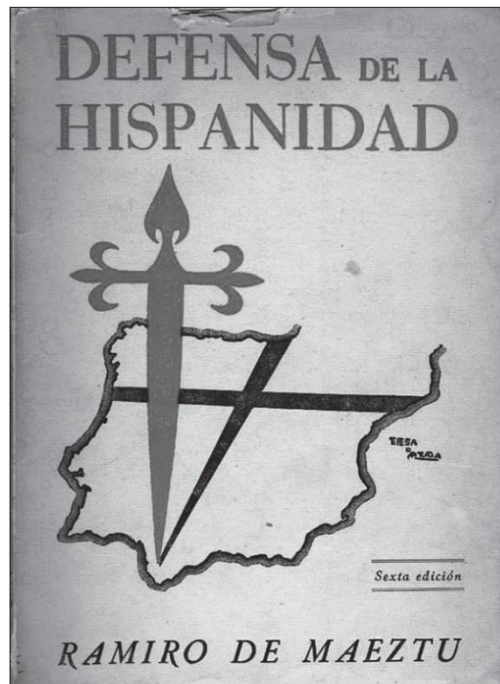


Fig. 1. — Portada de la obra de R. de MAEZTU, *Defensa de la Hispanidad* (© BNE)

<sup>9</sup> Zacarías de Vizcarra, «Origen del nombre, concepto y fiesta de la Hispanidad», *El Español. Semanario de la política y del espíritu*, 102, 7 de octubre de 1944, pp. 1 y 13.

<sup>10</sup> P. C. GONZÁLEZ CUEVAS, «Hispanidad», p. 619.

## LA HISPANIDAD BAJO EL FRANQUISMO

Reivindicando un modelo social basado en los valores y las tradiciones de los siglos XVI-XVII —jerarquía, honor, lealtad—, el ideal hispánico elaborado por Maeztu transmitía un carácter claramente nostálgico de un pasado glorioso. Su teoría de la Hispanidad se acompañaba de una serie de mitos que resucitaban la grandeza imperial de España: la raza hispana, el caballero cristiano, el genio nacional, la España misionera, etcétera. Al apelar al idealismo cristiano, repudiaba el materialismo liberal y la modernidad racionalista. Subyacía a su lectura de la historia española un evidente mesianismo católico-imperial, que lo llevaba a reinterpretar la colonización americana colocándola bajo el único signo de una evangelización desinteresada.

### LA HISPANIDAD EN LA BATALLA PROPAGANDÍSTICA DE LOS AÑOS TREINTA

La doctrina de la Hispanidad así elaborada sirvió a los sectores más radicales de la derecha para lanzar su campaña de reconquista del poder, desde posturas tradicionalistas y hasta reaccionarias<sup>11</sup>. El propio Maeztu fue miembro del partido monárquico-conservador Renovación Española, fundado en 1933 por el americanista Antonio Goicoechea y el monárquico José Calvo Sotelo. Existían entonces en la derecha dos grandes proyectos nacionalistas que, en los años siguientes, llegaron a articularse, complementarse y enfrentarse<sup>12</sup>. Uno, que desembocó en el falangismo, estaba inspirado por el modelo italiano y representaba un nacionalismo autoritario de tipo fascista. Se trataba de un ultranacionalismo de carácter populista, basado en un rechazo radical de la modernidad liberal: de ahí que apelara al mito de la revolución permanente, nacional y social, y que pretendiera situarse como modelo alternativo al capitalismo y al marxismo. Uno de los conceptos claves de esta corriente era la afirmación de la vocación imperial de España como forma de superar la fragmentación que suponía el auge de los nacionalismos alternativos (señaladamente el catalanismo). Desde el periódico *La conquista del Estado* (1931), Ramiro Ledesma Ramos desarrolló esta nueva visión del imperialismo ibérico: dicha voluntad de imperio radicaba en una empresa exterior que ensanchara las fronteras de la nación<sup>13</sup>. La revolución hispánica y el resurgimiento español implicaban una proyección de las energías nacionales hacia el exterior, un objetivo que tenía una clara perspectiva iberista e hispanoamericanista<sup>14</sup>. La Hispanidad en su sentido imperialista se convertía

<sup>11</sup> Á. EGIDO LEÓN, «La hispanidad en el pensamiento reaccionario».

<sup>12</sup> Este es el planteamiento básico del estudio de I. SAZ CAMPOS, *España contra España*, pp. 53 sqq.

<sup>13</sup> R. LEDESMA RAMOS, *Discurso a las juventudes de España* (1935).

<sup>14</sup> El iberismo, corriente favorable a una integración política de la Península Ibérica, nació en el siglo XIX en sectores republicanos y liberales. Desde la instauración de la República portuguesa en 1910, la idea de alianza peninsular fue recuperada por intelectuales portugueses y españoles de la derecha tradicionalista, monárquica y reaccionaria como Sardinha, Raposo, Vázquez de Mella o Maeztu. Véase D. MARCIHACY, «La péninsule Ibérique et le *Mare Nostrum* atlantique».

entonces en un mito revolucionario que debía movilizar a la juventud española. Otro ideólogo de la derecha autoritaria, Ernesto Giménez Caballero, le otorgaba a la vocación imperial el mismo carácter: en su ensayo *Genio de España*, publicado en 1932, abogaba por una resurrección nacional que emprendiera una cruzada católica y universal. El camino así trazado era la «ruta imperial» que debía seguir España como lo hiciera antaño.

Además de las Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista, surgidas en 1931, un nuevo partido permitió aglutinar a los ideólogos cercanos al fascismo: en 1933, José Antonio Primo de Rivera fundó Falange Española, la cual pregonaba un nacionalismo autoritario asociado a un imperialismo ofensivo basado en el intervencionismo exterior. La «unidad de destino en lo universal», proclamada en su programa fundacional, se convirtió en la piedra de toque del nacionalismo falangista: una forma de supernacionalismo que pretendía superar los menguados nacionalismos regionales y recuperar el mito de la «España mayor» ya formulado en los años 1920 por escritores como José María Salaverría o Ramón de Bastera. Desde esta perspectiva, si bien reservaban para África el proyecto de conquista territorial (a expensas de Francia), integraban el continente americano en un proyecto de imperio «espiritual», consistente en crear una nueva esfera de influencia política y económica para España.

La otra gran corriente que tomó cuerpo durante la Segunda República estribaba en un nacionalismo católico y tradicionalista, de tipo reaccionario, cuyos orígenes se remontaban a Marcelino Menéndez y Pelayo. Partiendo del supuesto de la consustancialidad de lo español y de lo católico, su proyecto nacionalizador consistía en eliminar lo no católico —la «anti-España»— y recuperar las instituciones tradicionales (Monarquía, Iglesia, corporaciones). Algunos periódicos tuvieron un papel destacado en la difusión de esta ideología y en la integración en su seno del mito de la Hispanidad. Al actualizar los postulados menéndez-pelayistas, la revista americanista *Raza Española* (1919-1936), dirigida por la periodista sevillana Blanca de los Ríos, tempranamente contribuyó a forjar una doctrina reaccionaria impregnada de catolicismo tradicionalista. Pero el órgano de mayor impacto fue sin duda la revista doctrinal *Acción Española* (1931-1936). Varios de sus colaboradores pertenecían a la Asociación Católica de Propagandistas (ACdP), como Ángel Herrera Oria, director del diario católico *El Debate*, o el político tradicionalista Víctor Pradera<sup>15</sup>.

Un colaborador de peso en esta segunda corriente, el arzobispo de Toledo y cardenal primado de España, Isidro Gomá, tuvo un papel destacado en la difusión del mito de la Hispanidad. En 1934, viajó a Buenos Aires para participar en el Congreso Eucarístico Internacional. Allí pronunció un resonante discurso titulado «Apología de la Hispanidad»<sup>16</sup>. En él declaraba el prelado:

<sup>15</sup> R. MORODO, *Acción Española*.

<sup>16</sup> I. GOMÁ TOMÁS, «Apología de la Hispanidad».

«América es obra nuestra; esta obra es esencialmente de catolicismo. Luego hay relación de igualdad entre raza o hispanidad y catolicismo», lo cual introducía varias equivalencias de poderosas consecuencias: América es España, España es catolicidad, hispanidad es igual a catolicismo<sup>17</sup>. Esta identificación entre Occidente y catolicidad y por ende entre España y catolicidad postuló que España tenía la misión sagrada de extender y defender la fe católica más allá de sus fronteras. Al ensalzar los «excelsos destinos de España en la historia», desde la Reconquista hasta la evangelización americana, Gomá desarrollaba una concepción teológica y providencialista de la historia que —según Lorenzo Delgado— hacía de España un pueblo escogido por Dios para defender y difundir el catolicismo en el mundo. Mediante la Hispanidad, España se consideraba pues investida de una misión providencial consistente en volver a ser la guía espiritual e integradora de la comunidad hispanoamericana mediante el binomio monarquía católica – imperio ecuménico<sup>18</sup>.

En suma, a lo largo de los años treinta coexistieron estas dos corrientes —falangista y católico-integrista— que apelaban a una resurrección nacional a partir de un discurso que alimentaba una nostalgia imperial puesta al día gracias a la doctrina de la Hispanidad. La insurrección de las derechas contra el régimen republicano, en julio de 1936, propició su unificación definitiva con la creación del partido único Falange Española Tradicionalista (FET) y de las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista (JONS) por el decreto de abril de 1937. Como subraya Xosé M. Núñez Seixas<sup>19</sup>, en ambos bandos el discurso de guerra recurrió a toda una serie de símbolos y tópicos nacionales susceptibles de galvanizar los espíritus y crear distinciones dicotómicas. En la zona franquista, la Delegación Nacional de Prensa y Propaganda de FET y de las JONS, creada en abril de 1937, pasó a depender del Ministerio del Interior en febrero de 1938. Este organismo impulsó una clara manipulación del mito de la Hispanidad con evidente función legitimadora para el bando sublevado<sup>20</sup>. Según las directrices emitidas, se había de insistir en el paralelismo entre la época del descubrimiento en 1492, que condujo a la conquista y colonización de América, y el alzamiento militar iniciado en 1936, presentado como nueva gesta al servicio de la resurrección nacional.

La transmisión de los valores de la España «nacional» originó un ambicioso despliegue propagandístico. La difusión de carteles provistos de eslóganes impactantes e imágenes estilizadas permitía transmitir a las masas un mensaje simplificador capaz de estimular los ánimos. El Servicio de Propaganda no dudó en recurrir a una visión deformada de la historia española para crear un paralelismo entre las conquistas militares de antaño y la «cruzada» nacional lanzada en nombre de la Cruz y de la España eterna (fig. 2, p. 80).

<sup>17</sup> Á. EGIDO LEÓN, «La hispanidad en el pensamiento reaccionario», p. 668

<sup>18</sup> L. DELGADO GÓMEZ-ESCALONILLA, *Diplomacia franquista y política cultural*, pp. 28-29.

<sup>19</sup> X. M. NÚÑEZ SEIXAS, *¡Fuera el invasor!*, p. 77.

<sup>20</sup> E. GONZÁLEZ CALLEJA y F. LIMÓN NEVADO, *La Hispanidad como instrumento de combate*, p. 74.





Fig. 2. — Cartel «España orientadora espiritual del mundo» (Colección particular).

La insurrección recibió el apoyo de la derecha clerical y reaccionaria que, a través del movimiento asociacionista católico (Acción Católica, ACdP, Opus Dei), había anatematizado la política laicizadora y las leyes anticlericales de la República. Acorde con el espíritu de «cruzada» de los sublevados, el cardenal Gomá y los obispos españoles defendieron en una carta colectiva de 1937 el alzamiento del bando nacional. La apelación a reanudar el «verdadero» espíritu de la Hispanidad no sólo mitigaba la frustración imperial, sino que vertebraba la ansiada campaña de recristianización lanzada en la zona franquista. La reorganización de la Acción Católica española en 1939 reflejaba bien el espíritu triunfalista y de cristiandad militante en el que se movía entonces la Iglesia católica<sup>21</sup>. La ideología reaccionaria vehiculada por la Hispanidad pasó así a ser un arma política arrojada contra la República laica, secularizadora y liberal, contra la masonería, contra la amenaza marxista y contra la heterodoxia extranjerizante. Presentaba el alzamiento militar y la causa rebelde como la defensa de un presunto verdadero fondo nacional, amenazado por la República. Convertida la Hispanidad en instrumento de combate, la apelación a Santiago, patrón de España y figura prominente en el panteón hispánico, significaba ya la necesidad de luchar contra los nuevos herejes: los comunistas, masones, laicos, liberales, republicanos... tachados todos de «antiespañoles».

<sup>21</sup> *Comentarios de las nuevas bases.*

## LA HISPANIDAD BAJO EL FRANQUISMO

El americanismo sirvió a cada bando para afirmar su propia representación de la historia y del porvenir de España y para movilizar las opiniones contra el enemigo, hasta fuera de las fronteras. De hecho, el enfrentamiento ideológico también se trasladó a las repúblicas hispanoamericanas, sobre todo las que acogían un gran número de residentes españoles. Argentina, donde residía una nutrida y potente colonia española, se convirtió en el epicentro de las campañas de uno y otro bando: mientras los republicanos se movilizaban en nombre de la libertad y la democracia, los sectores conservadores apelaron a los valores reaccionarios, cobijados por la Hispanidad. Así, las manifestaciones del 12 de octubre fueron ocasiones para confrontar estos discursos: en España como en Latinoamérica, los republicanos liberales se valieron del americanismo para justificar el proceso democratizador y secularizador emprendido por la Segunda República e inspirado por los regímenes hermanos de América. También les sirvió para agradecer la solidaridad de los gobiernos y brigadistas americanos que luchaban contra el fascismo<sup>22</sup>. De cara a la internacionalización del conflicto, conquistar la opinión hispanoamericana también se concibió como un objetivo prioritario en el bando sublevado. Expatriado a Argentina en 1937-1938, el catedrático Manuel García Morente, recién convertido a la escuela tomista de teología, publicó allí el ensayo *Idea de la Hispanidad* que ilustraba el uso propagandístico que se hizo de este mito en aquel contexto bélico transplantado en América. Acogiéndose a una concepción mesiánica de la nacionalidad hispánica, la definía como una raza escogida para combatir el ateísmo y el materialismo encarnados por la república española<sup>23</sup>. Lejos de dar término a la propaganda, la victoria de los franquistas en abril de aquel año y el establecimiento de una férrea dictadura crearon las condiciones para institucionalizar y perennizar la concepción imperial de España y de su recorrer histórico.

### LA HISPANIDAD COMBATIVA DEL PRIMER FRANQUISMO: EL ESPEJISMO DEL DESTINO UNIVERSAL E IMPERIAL DE ESPAÑA

La Hispanidad constituye una referencia mítica que la dictadura franquista recuperó y asimiló con mucho provecho: el nuevo régimen asumió el cuerpo de doctrina de la Hispanidad como una parte esencial de la ideología del Movimiento Nacional, convirtiéndola en un símbolo de la «nueva España» fascista<sup>24</sup>. La integración de América en el relato y el ideal nacional a través de este mito sirvió como arma política al servicio de la Dictadura, tanto para fines interiores como para fines exteriores: por un lado, el régimen franquista acudió a la Hispanidad por su valor proyectivo, como plataforma de penetración hacia el subcontinente americano; por otro, los ideólogos del franquismo siguieron explotando el potencial nacionalista que contenía la Hispanidad como vector de propaganda interior.

<sup>22</sup> Véanse, por ejemplo, «Fecha memorable» y «La raza inmortal», *El Liberal*, Madrid, 12 de diciembre de 1938, p. 1.

<sup>23</sup> P. C. GONZÁLEZ CUEVAS, «Hispanidad», p. 620.

<sup>24</sup> C. del ARENAL, *Política exterior*, p. 33.

El primer aspecto fue la asunción, en la inmediata posguerra, de una Hispanidad claramente combativa, basada en la afirmación de la voluntad de imperio y en un catolicismo militante. El régimen reavivó el imaginario español a partir de la difusión de los postulados de Ramiro de Maeztu, que asociaban a América con la genialidad española, los valores religiosos del catolicismo y la nostalgia del Imperio hispánico. Para el discurso oficial franquista, la idea nuclear de imperio y más aún la doctrina de la Hispanidad ofrecieron una vía posible de superación del viejo nacionalismo centrado en una afirmación exclusivista de la patria española. La vocación imperial comprendía la idea de una España grande, unida y centralizada por una monarquía absoluta y católica, en la que aquella gesta de la conquista y colonización protagonizada por hidalgos castellanos se reeditaba hoy en la cruzada de los vencedores de la guerra contra los enemigos de España y auguraba, por tanto, un futuro esplendoroso<sup>25</sup>.

La Hispanidad ofreció así una apertura esperanzadora sobre el exterior y sobre el futuro, a través de un proyecto de supranacionalidad hispánica<sup>26</sup>. Desde la creación de su partido en 1933, los falangistas asumieron una auténtica ambición imperial<sup>27</sup>, cuya realización material se limitaba a la colonización de África y convertía al continente americano en un área de influencia política, económica y cultural. La aspiración joseantoniana a conseguir un espacio vital para España transformaba la nostalgia del pasado imperial en voluntad imperialista futura<sup>28</sup>. Finalizada la Guerra Civil, los ideólogos falangistas pretendían extender su cruzada para redimir la cultura española en Hispanoamérica, igualmente amenazada por las corrientes disolventes del liberalismo, del capitalismo y de la secularización. Según los falangistas, así había de interpretarse la misión de España que el Caudillo sacaba del testamento de la reina Isabel: «el amor a los pueblos de América, la integridad del territorio patrio y el espacio vital para nuestra España»<sup>29</sup>. Más aún si se considera que Latinoamérica se encontraba en riesgo de desnaturalizarse por el efecto del imperialismo materialista ejercido por su potente vecino del Norte. En esto el falangismo recuperaba la oposición tradicional entre la corriente idealista y «desinteresada» del hispanoamericanismo y la codicia expansionista del panamericanismo estadounidense, antagonismo que, desde las producciones de autores modernistas como Rubén Darío o José Enrique Rodó, había tenido mucha resonancia en Hispanoamérica. El renacimiento hispánico pasaba por lo tanto por una actuación conjunta de las reservas de la «Raza». Así los falangistas se emanciparon de la concepción basada en un universalismo católico de Maeztu, el cual asociaba el imperialismo a una manifestación de decadencia. Al contrario, esgrimieron la Hispanidad

<sup>25</sup> M. GARCÍA SEBASTIANI y D. MARCILHACY, «América y la fiesta del 12 de octubre».

<sup>26</sup> J. L. ABELLÁN y A. MONCLÚS, *El pensamiento español contemporáneo*, pp. 17-30.

<sup>27</sup> La «voluntad de imperio» figura en el punto 3 del programa de Falange Española (véase *Boletín Oficial del Estado [BOE]*, Burgos, 20 de abril de 1937, núm. 182, pp. 1033-1034).

<sup>28</sup> «El espacio vital de España», *ABC* [Sevilla], 6 de agosto de 1942, p. 7.

<sup>29</sup> Francisco Franco Bahamonde, «En la Escuela Superior de Mandos *José Antonio*», *La Vanguardia*, Barcelona, 27 de agosto de 1942, p. 5.

como baza para la futura reorganización fascista de Europa y como expresión de un nacionalismo expansivo que pretendía contener el panamericanismo<sup>30</sup>. Entre ellos, Antonio Tovar, subsecretario de Prensa y Propaganda en 1940-1941, fue uno de los máximos divulgadores del tema y colaboró con el ministro de Asuntos Exteriores, Ramón Serrano Súñer, para defender esta ambición.

Esta orientación fue la que dominó durante los primeros años de la Dictadura, que correspondieron a la primera fase de la Segunda Guerra Mundial<sup>31</sup>. Aprovechando el progreso de las fuerzas del Eje y apoyándose en la Delegación Nacional del Servicio Exterior de Falange, Serrano Súñer propició una interpretación más ofensiva y marcadamente antinorteamericana del hispanoamericanismo. Falange exterior se convirtió así en una cabeza de puente para ampliar el radio de acción fuera del territorio nacional y difundir en las repúblicas iberoamericanas las bases doctrinales del nuevo régimen. Distintas publicaciones fueron lanzadas allende el Atlántico, como la revista *Arriba España* publicada en Buenos Aires, La Habana, La Paz, Panamá, San José de Costa Rica, etcétera. Como precisa Lorenzo Delgado<sup>32</sup>, los grupos profranquistas allí radicados se esforzaron por captar los núcleos autóctonos simpatizantes para hacer del subcontinente americano una forma de «protectorado espiritual». Dicha interferencia en la política interior de las repúblicas americanas no dejó de suscitar resquemores, por lo que los Gobiernos de México y Cuba —cercanos a la política exterior estadounidense— acordaron disolver en 1939 los grupos falangistas en sus respectivos países.

Si bien la propaganda de la Hispanidad y la resurrección del ideario iberoamericano no desembocaron en el pacto ibérico celebrado con el Estado Novo portugués, la reivindicación imperial no dio los resultados esperados en Iberoamérica. Otra fue la suerte de la Hispanidad como vector de propaganda interior. Paralelamente a su ofensiva internacional, las autoridades franquistas se valieron entonces de este mito a fines de cohesión interior, como aglutinante de las distintas familias del régimen. El uso de la Hispanidad como soporte de propaganda permitió ofrecerles unas señas de identidad comunes a los grupos que habían apoyado al bando rebelde durante la Guerra Civil. Convertido en denominador común de la España nacional triunfante, este mito sintetizó las principales líneas ideológicas heredadas del falangismo, del tradicionalismo y del conservadurismo reaccionario<sup>33</sup>. Con el inicio de la Segunda Guerra Mundial y hasta 1953, este concepto fue utilizado como símbolo de resistencia y sacrificio cristiano, en un período de dificultades económicas y racionamiento, asociado al aislamiento internacional a partir de 1945. Como señala Ismael Saz, el franquismo constituyó el más ambicioso programa de nacionalización

<sup>30</sup> L. DELGADO GÓMEZ-ESCALONILLA, «De la regeneración intelectual a la legitimación ideológica», p. 71.

<sup>31</sup> R. PARDO, *¡Con Franco hacia el Imperio!*.

<sup>32</sup> L. DELGADO GÓMEZ-ESCALONILLA, *Imperio de papel*, pp. 142-156.

<sup>33</sup> M.-A. BARRACHINA, *Propagande et culture dans l'Espagne franquiste*, pp. 169 sqq.

integral de la España del siglo xx<sup>34</sup>. Para reconquistar la sociedad contra el liberalismo y las demás manifestaciones de la «anti-España», el régimen pretendió inscribir dichos valores en las conciencias populares.

#### HACIA UNA «NUEVA ESPAÑA»: LA TAREA DE ADOCTRINAMIENTO Y NACIONALIZACIÓN DE LAS MASAS

El modelo nacional que se quiso imponer se basó en una concepción estricta de la «cultura tradicional», de inspiración castellana, católica, rural y, en las primeras fases del régimen, imperial<sup>35</sup>. Para los falangistas, la época imperial no era sólo una fuente inagotable de inspiración, sino que seguía siendo un modelo viable para orientar la vida política y social contemporánea. El mito de la Hispanidad ofrecía todo un abanico de imágenes, símbolos, referencias históricas y conceptos manidos y simplificadores que le sirvieron al régimen para socializar su ideología y arraigarla en la mentalidad colectiva<sup>36</sup>. El culto a los Reyes Católicos, la celebración del descubrimiento del Nuevo Mundo como obra providencial, la exaltación de los arrojados conquistadores y de la gesta colonizadora, la apología de la evangelización y expansión de la fe, todo conducía a la adulación de la época imperial y las glorias hispanas. La propaganda del régimen tenía como objetivo actualizar y popularizar dichos mitos a través de lugares de memoria, ceremonias y ritos de todo tipo, una tendencia a la que participó el nacionalismo banal y su impregnación de la vida cotidiana de los españoles. Así podemos decir que el despliegue de una activa propaganda basada en un cuerpo de doctrina complejo, cuyo aglutinante era la Hispanidad, fue una clave esencial para la duración y supervivencia del régimen dictatorial.

Una de las herramientas privilegiadas por el régimen fue la transmisión de valores a través de la educación. El proyecto falangista de nacionalizar y españolizar a las masas mediante la escuela tuvo su apogeo entre 1939 y principios de la década de 1950, cuando la educación pasó a un segundo plano en las prioridades gubernamentales<sup>37</sup>. El período de posguerra fue especialmente activo en la difusión de la ideología nacionalcatólica entre las jóvenes generaciones. En septiembre de 1939 se adjudicó el monopolio en la enseñanza superior al Sindicato Español Universitario. Quince meses después se puso en marcha el Frente de Juventudes para alistar a todos los estudiantes desde la primaria hasta el nivel superior. La tarea de socialización de los niños y jóvenes, vestidos todos con uniforme, en los valores joseantonianos no sólo tenía como objetivo infundir el patriotismo y orgullo nacional, sino la disciplina y el sentido de la jerarquía propios del modelo castrense.

<sup>34</sup> I. SAZ CAMPOS, *España contra España*, p. 48.

<sup>35</sup> C. BOYD, *Historia Patria* (2000), p. 208.

<sup>36</sup> E. GONZÁLEZ CALLEJA y F. LIMÓN NEVADO, *La Hispanidad como instrumento de combat*, p. 96.

<sup>37</sup> C. BOYD, *Historia Patria* (2000), p. 235.

## LA HISPANIDAD BAJO EL FRANQUISMO

En materia docente, los primeros ministros de Educación, Pedro Sainz Rodríguez (1938-1939) y José Ibáñez Martín (1939-1951), emprendieron una política educativa impregnada de autoritarismo y tradicionalismo religioso. La Ley de Educación Primaria de 1945 recordaba la necesidad de ajustar la educación al dogma y la moral católica. Paralelamente, los falangistas introdujeron en la escuela una clase de «Formación del Espíritu Nacional», para alumnos de primaria desde 1945 y también de secundaria a partir de 1953<sup>38</sup>. Este curso consistió en una auténtica inmersión en los valores nacionales y la historia imperial. La enseñanza de la historia fue precisamente uno de los vectores más eficaces para adoctrinar a los jóvenes y transmitirles una representación maniquea y revisionista de la epopeya nacional<sup>39</sup>. Los cursos de historia tenían como objetivo principal revalorar lo español y combatir las mentiras divulgadas por la leyenda negra antihispánica<sup>40</sup>. La historia de España se describía como la lucha de una colectividad espiritual cuyos máximos hitos eran la Reconquista, la unificación política bajo los Reyes Católicos y los siglos de gloria imperial. Los libros de texto y manuales escolares le concedieron un espacio enorme a la divulgación de la doctrina de la Hispanidad, desde una perspectiva católica y retrógrada. Dichos libros estaban repletos de láminas que relataban las hazañas de los héroes de la «Raza Hispana»: las siluetas guerreras de Pelayo y del Cid, los íconos cristianos del apóstol Santiago, de la Virgen del Pilar y de Santa Teresa de Jesús, las figuras reales de Recaredo, Isabel la Católica, Carlos V o Felipe II, las efigies de Colón o famosos conquistadores, etcétera. Asimismo, ocupaban un puesto de honor los episodios del descubrimiento, colonización y evangelización de América, interpretados desde la perspectiva de la epopeya y de la misión providencial encargada a España. La voluntad de inculcar los valores de la «nueva España» —un catolicismo militante, una renovada vocación imperial, un patriotismo sin fisuras— pasaba por una presentación simplificadora y emocionante del pasado español como una serie de hechos heroicos relacionados entre sí que infundieran el orgullo de ser español.

Portadora de una definición mesiánica de la nacionalidad española, la Hispanidad elaborada por Maeztu reivindicaba como destino nacional el liderazgo cultural y espiritual de los países hispanoamericanos, en aras de su misión histórica de expansión universal de la catolicidad. Esta lectura constituyó un *leitmotiv* de los manuales de historia entonces divulgados. El libro de texto *Glorias imperiales. El imperio de la Hispanidad*, publicado en 1940 por Luis Ortiz Muñoz y distribuido gratuitamente en todos los centros docentes, era un ejemplo paradigmático. Su portada asociaba en una sola imagen varios de los grandes mitos de la historia nacional: el caballero cristiano, la vocación imperial representada por el águila de San Juan, la referencia a América y la evangelización de los indios y la Monarquía tradicional, representada por El Escorial (fig. 3, p. 86).

<sup>38</sup> *Ibid.*, p. 211.

<sup>39</sup> Véase E. MAZA ZORRILLA, *Miradas desde la historia*, pp. 85-97.

<sup>40</sup> Véase la ley sobre la reforma de la Enseñanza Media de 20 de septiembre de 1938, *BOE*, Burgos, 23 de septiembre de 1938, núm. 85, pp. 1385-1395.



Fig. 3. — Portada de la obra de L. ORTIZ Muñoz, *Glorias imperiales* [libro escolar de lecturas históricas] (© BNE)

Otro vector privilegiado para adoctrinar a las masas fue la difusión de los símbolos nacionales de la «nueva España» franquista<sup>41</sup>. La bandera rojigualda sustituyó a la republicana tricolor y, por decreto del 2 de febrero de 1938, se le añadió en el centro un escudo de evidente lectura imperial: además de las flechas de los Reyes Católicos, incluía el águila de San Juan, heredado de la reina Isabel. Las referencias a los Reyes Católicos —padrinos del Descubrimiento— no sólo aparecían en la bandera sino, a través de las letras capitales Y/F y el símbolo NO8DO (NO-madeja-DO)<sup>42</sup>, en todos los lugares destacables del espacio público: pendones, escudos, adornos de edificios oficiales. Asimismo, se divulgó para la *Marcha Granadera* (o *Marcha Real*) una letra propiamente imperial, reedición de la compuesta en 1928 por José María Pemán. Véanse las dos primeras estrofas:

Gloria a la Patria  
que supo seguir,  
sobre el azul del mar  
el caminar del sol.

Viva España,  
alza los brazos, hijos  
del pueblo español,  
que vuelve a resurgir.

<sup>41</sup> A. M. de PUELLÉS y PUELLÉS, *Símbolos nacionales*.

<sup>42</sup> El acrónimo NO8DO aparece en multitud de edificios construidos durante el reinado de los Reyes Católicos. En la heráldica española, es una abreviación del lema *Nomen Domine* («en el nombre de Dios»), o para algunos de «No me ha dejado» en referencia a la fidelidad de la ciudad a Alfonso X.



## LA HISPANIDAD BAJO EL FRANQUISMO

En su campaña de instrumentalización sistemática de la cultura con fines nacionalistas, el régimen pronto percibió el valor alegórico e ideológico de la arquitectura, y no dudó en estetizar la política y convertir el arte en propaganda<sup>43</sup>. Además de nuevas construcciones como el Arco de la Victoria, erigido en la madrileña Puerta de la Moncloa en 1950-1956, o el Valle de los Caídos, el régimen fomentó un culto a toda una serie de edificios históricos que, desde su óptica, constituían el testamento fidedigno de las glorias hispanas y de los valores consagrados por la Dictadura. Las visitas oficiales del Caudillo o de altos cargos del régimen tenían como objetivo fomentar un culto a la geografía nacional, convertida en «tierra de santos» y en «Santuario de la Raza». Los edificios religiosos relacionados con la empresa de Colón o con la proyección americana de la Península tuvieron un papel relevante: entre ellos, la Capilla Real de Granada, donde están las sepulturas de Fernando de Aragón e Isabel la Católica. Como recuerda Elena Maza<sup>44</sup>, el Ayuntamiento convirtió el lugar en centro de peregrinación nacional, creando en su seno un museo de exaltación de la Hispanidad, con tesoros de carácter artístico-devocional relacionados con el reinado de ambos monarcas y los inicios de la colonización de América. Dicho museo hasta fue inaugurado por Eva Perón durante su visita en junio de 1947. Asimismo, el monasterio de Nuestra Señora de Guadalupe fue convertido, junto con la basílica del Pilar, en templo de la Hispanidad<sup>45</sup>, lo cual no deja de recordar que otra Virgen guadalupana —la de México— fue proclamada en diciembre de 1945 «Reina de la Hispanidad», después de que Pío XII la bautizase como «Emperatriz de las Américas»<sup>46</sup>. La trilogía que constituían la basílica del Pilar, el monasterio de Guadalupe y el monasterio franciscano de La Rábida, relacionados todos de lejos o de cerca con la gesta americana, estaba en sintonía con el nacionalcatolicismo imperante.

El culto a la España imperial era omnipresente, sea a través del águila de San Juan, sea mediante las columnas de Hércules y la divisa Plus Ultra, señales de la dilatación del imperio más allá del océano. Otro emblema relacionado con la Hispanidad era la fiesta del 12 de octubre, que siguió festejándose en la posguerra. Ya en 1937 el Gobierno de Burgos había anunciado un futuro calendario de fiestas patrióticas que incluiría la llamada «Fiesta de la Amistad de los Pueblos Hermanos», en referencia al 12 de octubre<sup>47</sup>. La primera celebración del 12 de octubre en la «nueva España» tuvo lugar en Zaragoza en 1939, Año de la Victoria. Esa elección sirvió para conectar

<sup>43</sup> Á. LLORENTE HERNÁNDEZ, *Arte e ideología en el franquismo*.

<sup>44</sup> E. MAZA ZORRILLA, *Miradas desde la historia*, p. 102.

<sup>45</sup> Véase, por ejemplo, «Los pilares de la Hispanidad se forjaron en Guadalupe», *ABC*, 11 de octubre de 1959, pp. 21-23.

<sup>46</sup> El Papa Pío X ya había proclamado, en 1910, a Nuestra Señora de Guadalupe «Patrona de América Latina».

<sup>47</sup> Decreto núm. 253/1937, *BOE*, Burgos, 13 de marzo de 1937, citado por Z. Box, *España, año cero*, p. 212, y Á. CENARRO LAGUNAS, «Los días de la “Nueva España”», p. 115.



con la festividad del Pilar y enlazar la Hispanidad con una ciudad que desde principios del siglo anterior simbolizaba la independencia nacional<sup>48</sup>. Primer acto oficial de gran envergadura después del Desfile de la Victoria, la celebración oficial tuvo una dimensión poco habitual, con la presencia de unas 50.000 personas<sup>49</sup>. Presidida por el «Generalísimo», la ceremonia sirvió para reunir a los representantes de los países hispanoamericanos en torno a un Franco triunfante, arrodillado ante la imagen del Pilar. Así lo relataba el agregado de negocios chileno:

Las fiestas de la Hispanidad han tenido en Zaragoza un escenario incomparable. [...] El significado profundo de las fiestas fue la penetración íntima del homenaje a la Raza y la devoción de Nuestra Señora del Pilar, es decir, el símbolo de la unión cada vez más estrecha de América y España<sup>50</sup>.

La devoción a la Virgen del Pilar, «Madre de todas las Españas», fue una constante de la España franquista, puesto que en diciembre de aquel año el Caudillo declaró la basílica «Templo Nacional y Santuario de la Raza». Posteriormente, las celebraciones del 12 de octubre no sólo fueron la ocasión para que Franco dirigiera mensajes de fraternidad a los países hispanoamericanos, sino que le permitieron escenificar su poder en grandes actos fastuosos en los que las masas quedaban estrechamente encuadradas.

Junto con estas demostraciones patrióticas, símbolos de autoridad y prestigio, la Dictadura auspició manifestaciones más sutiles para popularizar su peculiar visión de España. Lo mismo que durante la Guerra Civil, la imagen podía ser de gran utilidad para sensibilizar a un público amplio. Acorde con el programa de nacionalización integral se publicó, entre 1938 y 1949, la revista infantil *Flechas* y *Pelayos* que ayudó a transmitir los valores y mitos franquistas, entre ellos la Hispanidad. Lo refleja el número dedicado a Colón y a la memorable obra del Descubrimiento, publicado en 1944<sup>51</sup>.

Por su gran potencial de atracción, el cine fue otro instrumento de gran provecho. En 1938 se creó el Departamento Nacional de Cinematografía, afiliado a la Dirección General de Propaganda. Fue este departamento el que respaldó el rodaje de la película *Raza*, del director José Luis Sáenz de Heredia<sup>52</sup>. Estrenada en enero de 1942, patrocinada por el Consejo de la Hispanidad y producida por la Compañía Española Americana, esta película basada en un argumento de Jaime de Andrade, seudónimo del propio Franco<sup>53</sup>, es el arquetipo del uso propagandístico que se hizo del cine en la posguerra. Empapada del más rancio militarismo y nacionalcatolicismo, narraba el recorrido de una gran familia

<sup>48</sup> M.-A. BARRACHINA, «Fiesta de la raza, Día de la Hispanidad», p. 132.

<sup>49</sup> «La Fiesta del Pilar y de la Hispanidad», *ABC*, 13 de octubre de 1939, pp. 7-10.

<sup>50</sup> G. VERGARA, *Discurso*.

<sup>51</sup> «Colón», *Flechas y Pelayos*, Madrid, 267, 10 de enero de 1944.

<sup>52</sup> N. BERTHIER, «*Raza*, de José Luis Sáenz de Heredia».

<sup>53</sup> J. de ANDRADE, *Raza, anecdotario para el guión de una película*.

## LA HISPANIDAD BAJO EL FRANQUISMO

vasca, los Churruca, durante la guerra civil española: abriéndose con la muerte heroica del padre, capitán de navío que luchó contra la marina estadounidense durante el desastre naval de Cuba en 1898, presentaba el alzamiento nacional como una resurrección de las energías inmortales de la auténtica España, amenazada por el peligro «rojo».

La imagen filmada fortaleció asimismo el despliegue informativo encargado a los falangistas. Tras una etapa previa durante la Guerra Civil, se institucionalizó en septiembre de 1942 el «Noticiarios y Documentales», cuyo acrónimo «NO-DO» no dejaba de recordar el NO8DO (NO-madeja- DO) del escudo de armas de Sevilla. De proyección obligatoria en todos los cines del país, este noticiero sirvió durante todo el franquismo para ofreceral público una versión oficial de la actualidad. Además de manipular la información — sometida a censura—, la elección de los temas fue un instrumento de difusión de amplio espectro para los valores franquistas. Según comentan Tranche y Sánchez-Biosca, las secuencias que se refieren a la noción de Hispanidad, verdadero dogma del nuevo Estado, desplegaron un abanico inagotable en el NO-DO. Fuese para ensalzar la magna empresa colonizadora y evangelizadora, fuese para subrayar la fraternidad hispanoamericana, el Noticiero aprovechaba las celebraciones y homenajes que acompañaban la vida pública de la España franquista: las ceremonias del 12 de octubre, los festejos del Pilar, los congresos de instituciones hispánicas, las visitas a España de dignatarios americanos, los centenarios relacionados con la gesta conquistadora...<sup>54</sup>. Asimismo, la relación de noticias recogidas por el NO-DO permitía hacer un recorrido por la geografía nacional que ensalzaba los espacios físicos que encarnaban y simbolizaban la Hispanidad, entre ellos los llamados «lugares colombinos» y los «santuarios de la Raza»: así destacaban en los documentales Barcelona, Sevilla, Palos de la Frontera, La Rábida, Granada, Cádiz, Zaragoza, Guadalupe, Trujillo, etcétera<sup>55</sup>.

En estos noticieros como en los programas emitidos por Radio Nacional de España (RNE), creada en enero de 1937, los sectores falangistas que dominaron el franquismo inicial no escatimaron en medios para arraigarsu concepción imperial del destino de España. Como ilustra el ciclo de conferencias organizadas por la Asociación Cultural Hispanoamericana y que RNE difundió en 1940 para América<sup>56</sup>, esta propaganda respaldó asimismo la proyección de la España franquista hacia el otro lado del Atlántico.

<sup>54</sup> Véanse, para el año 1947, la visita de Eva Perón a España o el IV Centenario de la muerte de Hernán Cortés en Medellín, citados por R. R. TRANCHE y V. SÁNCHEZ-BIOSCA, *NO-DO. El tiempo de la memoria*, pp. 465-467.

<sup>55</sup> La relación de noticieros dedicados a estos temas sería muy larga. Valgan algunos ejemplos: «1492-1942. Argentina rinde homenaje a la madre patria en el día de la raza» (1943); «Barcelona: fiestas colombinas. Sesión del Consejo de la Hispanidad» (1943); «España y el mar» (1944); «Centenario de Hernán Cortés» (1947); «Historia y tradición» (1952); «12 de octubre» (1957); «El día de América» (1958).

<sup>56</sup> *Voces de Hispanidad*.

AMÉRICA Y LA HISPANIDAD EN LA DÉCADA DE 1940: NACIONALISMO EXPANSIVO Y PROYECCIÓN CULTURAL DE LA ESPAÑA FRANQUISTA

Para dotar a su acción exterior de un organismo capaz de enlazar Iberoamérica y la España franquista —representante de la nueva Europa fascista—, el régimen creó el Consejo de la Hispanidad en noviembre de 1940, con la misión de «velar por el bien e intereses de nuestro espíritu en el Mundo Hispánico»<sup>57</sup>. El preámbulo precisaba que no animaba a España ningún espíritu hegemónico, sino la voluntad de devolver al mundo hispánico su «conciencia unitaria». Esta agencia orientó toda su acción hacia las repúblicas hispanoamericanas. Además de la reconstrucción de la infraestructura cultural en el extranjero, el Consejo de la Hispanidad tenía como objetivo servir de portavoz del régimen franquista en América y simbolizaba la nueva vocación internacional de la «nueva España», convertida —según rezaba el citado preámbulo— en «representación fiel de esta Europa cabeza del mundo» en virtud de su «ideal ecuménico». Esta prioridad se explicaba sólo por los imperativos ideológicos del régimen, sino también por un evidente oportunismo puesto que, en 1940, el régimen franquista ya tenía relaciones diplomáticas con Argentina, Chile, Cuba, Filipinas y Perú.

Más allá de las declaraciones oficiales, una de las misiones inmediatas del Consejo era emprender una labor de captación de adhesiones para la España franquista en Iberoamérica. El contexto era el de una intensa batalla propagandística contra los republicanos exiliados, que tuvo su principal proyección en Latinoamérica. Tras la acogida dispensada por el México de Lázaro Cárdenas a los exiliados, se enfrentaron en tierra americana «las dos Españas» para imponer su legitimidad e interpretación de la identidad nacional. El régimen franquista coincidía con una parte de las élites hispanoamericanas en la conciencia de la necesidad de luchar contra un enemigo exterior e interior. Algunas clases dirigentes tradicionales recelaban del progreso del liberalismo nivelador y la democracia de masas —inspirada en el modelo anglosajón—, así como de las pretensiones neocolonialistas de los Estados Unidos, pero también de las teorías revolucionarias inspiradas en el indigenismo o el comunismo. Contra el modelo uniformizador y liberal anglosajón, la Hispanidad aparecía a sus ojos como el patrimonio común de España y América, que cabía defender para preservar el statu quo sociopolítico en la región. No obstante, si bien nutridos sectores consideraron el hispanismo iberoamericano, concebido como retorno a la tradición hispánica, como una alternativa para consolidar sus intereses y legitimar el orden socioeconómico vigente, la acendrada propaganda profascista y antinorteamericana del Consejo de la Hispanidad también despertó suspicacias. Además de la proximidad ideológica entre Falange y los fascismos europeos, las referencias al Imperio, las declaraciones sobre la misión tutelar de España

<sup>57</sup> Decreto 11108/1940, *BOE*, 7 de noviembre de 1940, núm. 312, p. 7649.

y los ataques contra el panamericanismo en particular fueron elementos problemáticos para establecer una relación de confianza con los gobiernos latinoamericanos.

La evolución de la Segunda Guerra Mundial a partir de 1942, tras la entrada en ella de los Estados Unidos, condujo a una progresiva marginalización del Consejo de la Hispanidad y propició una reorientación de la política exterior franquista, corroborada por el triunfo aliado en 1945. Para asegurar su pervivencia en el orden internacional de posguerra, el régimen dictatorial abandonó progresivamente su inicial política americanista beligerante y adoptó una nueva estrategia abanderando la defensa de los valores cristianos y la lucha contra el comunismo<sup>58</sup>: dejando de lado las referencias imperiales, acudió a la Hispanidad universal y católica para subrayar la especificidad del caso español. La ambición imperial falangista de crear con América una confederación panhispánica encabezada por España ya era una utopía y las autoridades franquistas se centraron en un programa más adaptado a las posibilidades del país. Este cambio en el panorama internacional reanimó la batalla encubierta entre dos sectores del régimen —falangistas y católicos—, cuyas propuestas tanto en política interior como a nivel diplomático no convergían plenamente. Optando por el pragmatismo, Franco decidió distanciarse de los falangistas en beneficio de la Iglesia y de la ACdP, uno de cuyos miembros, Alberto Martín Artajo, sería nombrado nuevo ministro de Asuntos Exteriores.

Uno de los primeros objetivos de la diplomacia franquista fue romper el cerco que se estrechó sobre España a partir de la condena de las Naciones Unidas en febrero de 1946 y del consiguiente boicot internacional. En esa difícil coyuntura, la Argentina peronista se convirtió en el valedor incondicional de la dictadura española para obtener una rehabilitación exterior<sup>59</sup>. En octubre de 1946 el Gobierno de Juan Domingo Perón firmó con el de Franco un acuerdo comercial que permitía a la España franquista comprar alimentos argentinos gracias a un sistema de crédito rotativo. Dicho acuerdo fue renovado en abril de 1948, con la firma del Protocolo Franco-Perón. La benevolencia del dirigente argentino obedecía menos a la eficacia de la diplomacia española que a cuestiones geopolíticas de mayor calibre. Después del discurso de Truman ante el congreso estadounidense en 1947, llamando a constituir un bloque occidental unido contra la amenaza comunista, Perón afirmó su voluntad de mantener una «tercera posición». Esta actitud determinó que la primera dama argentina, Eva Duarte de Perón, visitara España en junio de 1947. El fasto y el eco mediático que el régimen franquista le dio a esta visita tenía un doble objetivo: divulgar fuera de las fronteras este apoyo exterior y valerse del mismo para la propaganda interior, mediante una hábil maniobra de explotación del entusiasmo popular generado por la visita de Evita (fig. 4, p. 92).

<sup>58</sup> M. GONZÁLEZ DE OLEAGA, *El doble juego de la Hispanidad*.

<sup>59</sup> L. DELGADO GÓMEZ-ESCALONILLA, *Diplomacia franquista y política cultural*, pp. 131-132.



Fig. 4. — Portada del diario ABC dedicada al viaje de Eva Duarte de Perón a España (© ABC)

En ese contexto, la idea de la Hispanidad sufrió un proceso de reformulación que consistió en sustituir el anterior discurso ofensivo, basado en una retórica agresiva e imperialista, por un mensaje mucho más moderado y centrado en planteamientos esencialmente culturales<sup>60</sup>. Las pretensiones de sujeción diplomática del mundo hispanoamericano, que dominaron hasta entonces, dieron el paso a una voluntad más razonable de liderazgo de carácter cultural. La opción católica representada por la Hispanidad se perfilaba, en palabras de Lorenzo Delgado Gómez-Escalonilla, como el «pararrayos» de la Dictadura en el panorama internacional para que la comunidad de las naciones suspendiera su condena<sup>61</sup>. La contraofensiva lanzada por los grupos católicos españoles abanderó una Hispanidad cuyo objetivo no era tanto la propaganda política ni la voluntad quimérica de restaurar un imperio hispánico, sino la defensa del mundo hispanófono contra el riesgo de decristianización.

En la segunda mitad de la década de 1940, América se concibió en España como foco reactivador de una identidad frustrada y como potencial caja de resonancia para su diplomacia y su afirmación nacional. Esta idea de convertir a España en eje

<sup>60</sup> C. del ARENAL, *Política exterior*, p. 38.

<sup>61</sup> L. DELGADO GÓMEZ-ESCALONILLA, «De la regeneración intelectual a la legitimación ideológica», p. 63.

## LA HISPANIDAD BAJO EL FRANQUISMO

de las comunicaciones con América fue expresada por distintas metáforas. Pedro Sainz Rodríguez habló de España como «central telefónica de América» y Julián Marías la calificaba de «Plaza Mayor de Iberoamérica»<sup>62</sup>. Considerándose como la potencia tutelar de Hispanoamérica, España se dedicó a salvaguardar el legado cultural de su estirpe americana ante el riesgo de contagio de valores importados del extranjero. A raíz de la reorganización del Ministerio de Asuntos Exteriores se potenció la acción cultural de la Dictadura hacia Iberoamérica. La impregnación falangista del Consejo de la Hispanidad había vulnerado su capacidad de acción y conducido a su relegación progresiva. Se le sustituyó por un nuevo organismo, el Instituto de Cultura Hispánica<sup>63</sup>, creado el 4 de julio de 1946 en ocasión de la clausura del XIX Congreso Mundial de Pax Romana, en San Lorenzo de El Escorial. Esta nueva agencia estaba destinada a fomentar las relaciones de fraternidad hispanoamericanas en el ámbito educativo y cultural.

Uno de sus principales ámbitos de acción fue el fomento de los estudios superiores y la cooperación universitaria hispanoamericana. A instancias del Consejo de la Hispanidad y después del Instituto de Cultura Hispánica, se constituyeron distintos centros de investigación y docencia. En el seno del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, creado en 1939 para sustituir a la Junta para Ampliación de Estudios, nació así el Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo, dedicado a la historia hispanoamericana, que fue encargado a un viejo americanista, el académico Antonio Ballesteros Beretta. Desde entonces, las ciudades de Madrid y Sevilla se convirtieron en los dos principales focos del americanismo académico, constituyéndose en sendas universidades secciones de Historia de América<sup>64</sup>. Estas dos universidades también recibieron institutos especializados destinados a potenciar la investigación americanista: en Sevilla la Escuela de Estudios Hispano-Americanos (en noviembre de 1942) y en Madrid la cátedra Ramiro de Maeztu<sup>65</sup>. Otra iniciativa tuvo especial interés en este ámbito: fue el lanzamiento de los cursos de verano sobre Historia de América, organizados en el histórico monasterio de La Rábida. Lanzados en 1943 por Vicente Rodríguez Casado, se convirtieron al año siguiente en Universidad de Verano de La Rábida<sup>66</sup>, y, por decreto del 31 de enero de 1947, en Universidad Hispanoamericana de Santa María de La Rábida. Los americanistas de Madrid y Sevilla, así como el grupo de La Rábida, se convirtieron en los aglutinantes de la preocupación científica, académica e intelectual por América<sup>67</sup>. Vinculados al Opus Dei, profesaron una lectura católica integrista de la Hispanidad y

<sup>62</sup> J. L. ABELLÁN y A. MONCLÚS, *El pensamiento español contemporáneo*, p. 21.

<sup>63</sup> M. A. ESCUDERO, *El Instituto de Cultura Hispánica*.

<sup>64</sup> Decretos del 10 de noviembre de 1942 y 12 de septiembre de 1945 (véase decretos 10677/1942 y 10033/1945, *BOE*, 23 de noviembre de 1942, núm. 327, p. 9493 y 17 de octubre de 1945, núm. 290, pp. 2359-2361).

<sup>65</sup> Decreto 638/1947, *BOE*, 18 de enero de 1947, núm. 18, p. 443.

<sup>66</sup> Véanse los decretos del 16 de diciembre de 1943 (véase decreto 85/1944, *BOE*, 2 de enero de 1944, núm. 2, pp. 55-56).

<sup>67</sup> J. L. ABELLÁN y A. MONCLÚS, *El pensamiento español contemporáneo*, pp. 73-94.

alimentaron el imperialismo romántico que se había desarrollado en torno a ese mito. Asimismo sirvieron de puente con las élites intelectuales conservadoras latinoamericanas, llegando a formar el 12 de octubre de 1949 el llamado «Club de La Rábida». La importancia otorgada a Hispanoamérica en los estudios universitarios se manifestó también con la creación de becas de estudio para que americanos fueran a España. Para alojarlos, se fundaron sendas residencias en la reconstruida Ciudad Universitaria de Madrid, los colegios mayores significativamente bautizados como Nuestra Señora de Guadalupe y Hernán Cortés, además del sevillano Santa María del Buen Aire.

Fuera de este activismo universitario, consistente en congresos, intercambios y labor editorial (con las publicaciones *Revista de Indias* y *Cuadernos Hispanoamericanos*), las demás iniciativas del Instituto de Cultura Hispánica se produjeron en el ámbito cultural. En abril de 1941 se fundó el Museo de América para dotar a la capital española de un lugar de exposición para sus ricas colecciones. Como afirmaba el preámbulo, tenía como misión ofrecer al gran público una presentación de los pueblos autóctonos y de la «gesta heroica» del descubrimiento y colonización americana que estuviera libre de las interpretaciones extranjeras presuntamente desfavorables<sup>68</sup>. Un síntoma de la intensificación de la política cultural hacia Iberoamérica fue que Franco inaugurase la Primera Bienal Hispanoamericana de Arte en Madrid el 12 de octubre de 1951, fecha que conmemoraba la fiesta de la Hispanidad pero también el V Centenario del Nacimiento de Isabel la Católica. Organizado por el Instituto de Cultura Hispánica, este certamen de arte contemporáneo abierto a corrientes no academicistas representó uno de los primeros signos de aperturismo del régimen<sup>69</sup>.

Antes de cerrar este capítulo, cabe señalar otro ejemplo, por cierto muy significativo de la ofensiva exterior lanzada por el régimen franquista para romper su aislamiento. A instancias del recién creado Instituto Nacional de Industria, la compañía aérea Iberia fue nacionalizada en 1944. A los dos años, Iberia inauguró la «línea del Plata» entre Madrid y Buenos Aires, convirtiéndose en la primera aerolínea que enlazaba Europa con América del Sur. Aquel salto a América permitía asociar la España franquista con la modernidad<sup>70</sup>. Cuidadoso de cultivar su imagen, el régimen aprovechó este lanzamiento y lo presentó como símbolo de un despertar y resurgimiento de las energías nacionales, en sintonía con las naciones expansivas más desarrolladas. Gracias a la aerolínea Iberia, parecía renacer la España mítica de la divisa Plus Ultra, como se había producido en 1926 con el vuelo trasatlántico que realizó a bordo del hidroavión homónimo el piloto Ramón Franco, hermano del Caudillo<sup>71</sup>. Lanzándose ahora a la conquista de América con una línea comercial, España parecía reanudar la proeza que Colón había realizado antaño, como sugería un cartel publicitario de la compañía Iberia con fecha de 1950 (fig. 5).

<sup>68</sup> Decreto del 19 de abril de 1941 (véase decreto 3984/1941, *BOE*, 1º de mayo de 1941, núm. 121, p. 3035).

<sup>69</sup> M. CABAÑAS BRAVO, *La Primera Bienal Hispanoamericana de Arte*.

<sup>70</sup> La línea se inauguró en octubre de 1946 (véase *ABC*, 2 de marzo de 1947, p. 7).

<sup>71</sup> D. MARCILHACY, «La Santa María del aire».





Fig. 5. — Cartel comercial de Iberia [1950] (© Grupo Iberia)

El proyecto de liderazgo cultural y espiritual ambicionado por España en la década de 1940 no dio todos los resultados esperados. La creación de agencias del Instituto de Cultura Hispánica en todas las repúblicas latinoamericanas, que permanecieron inoperantes, ilustraba las limitaciones inherentes al peso internacional de España, el cual padecía del aislamiento de la posguerra y de unos recursos limitados. Si bien la mayoría de las repúblicas iberoamericanas fueron reconociendo el Gobierno franquista a partir de principios de los años 1950, algunas —como México, Cuba o Uruguay— mantuvieron una postura intransigente con él, acogiendo en su territorio a no pocos opositores antifranquistas. Estas realidades encaminaron el régimen a seguir nuevos rumbos.

#### EL FRANQUISMO A PRUEBA DEL TIEMPO: LA HISPANIDAD DE LOS AÑOS CINCUENTA Y SESENTA, UN CAMBIANTE VECTOR DE NACIONALIZACIÓN

La larga duración del franquismo se explica por su capacidad de adaptación a un contexto internacional inestable. En cuarenta años, los parámetros que debió afrontar la Dictadura fueron particularmente movedizos: la evolución de la contienda mundial, cuando los aliados suplantaron a las fuerzas del Eje a partir de 1943, el inicio de la Guerra Fría, las cambiantes aspiraciones del continente iberoamericano desde los nacionalismos de posguerra hasta la década de 1960



marcada por el impacto de la revolución castrista... Para capear lo mejor posible estos desafíos, el régimen tuvo que adaptar su discurso y rediseñar el nacionalismo que lo sustentaba en función de la relación de fuerzas existente. La Dictadura se mantuvo porque Franco siempre supo cultivar la ambigüedad y, cuando hacía falta, dar prueba de pragmatismo. Desde fines de 1945, la propaganda oficial procuró ofrecer una imagen de España alejada del estigma fascista, para convertirla en portaestandarte de Occidente mediante el catolicismo y un virulento anticomunismo. El desplazamiento de los falangistas en beneficio de los católicos le permitió obtener el aval del Vaticano, y en 1953 el régimen firmó sendos acuerdos con la Santa Sede y sobre todo con los Estados Unidos. Este giro significó el fin de su anterior aislamiento, con la admisión de la España franquista en la comunidad internacional, refrendada por su ingreso en la ONU en diciembre de 1955.

A partir de mediados de la década de 1950 el nacionalismo autoritario inicialmente desplegado por el régimen tendió a perder fuerza y segmentos cada vez más amplios del mundo de la cultura y de la política empezaron a distanciarse del mismo<sup>72</sup>. Asistimos por ende a un cambio de sentido de la Hispanidad, que cobró paulatinamente un carácter menos agresivo: el trasfondo antiliberal, opuesto al panamericanismo y reticente al capitalismo anglosajón que dominó en el primer franquismo, se diluyó en beneficio de una concepción más consensual, pacífica y que tendía a una mayor neutralidad ideológica. Esta nueva etapa la anunció el ministro Alberto Martín Artajo a los diplomáticos latinoamericanos con ocasión de la celebración del 12 de octubre de 1953 en el Instituto de Cultura Hispánica:

Pasó la era de los Imperios. [...] Los Imperios, salvadas ya más o menos las grandes diferencias políticas entre los Estados, por lo que toca a su concepción internacional, ceden el paso a las comunidades de pueblos llamados «regionales». [...] Se piensa tan sólo en si es llegado el caso de ajustar un sistema que nos permita concertar, mediante mutuas consultas, una acción común en las cuestiones externas de interés colectivo<sup>73</sup>.

Esta etapa, entre 1953 y 1966, así vio evolucionar la Hispanidad hacia el campo semántico de la producción económica y de las realizaciones concretas<sup>74</sup>. En un momento en que tenían resonancia en Latinoamérica las teorías tercermundistas, el objetivo de la diplomacia franquista suponía desideologizar la política iberoamericana para quitarle su carácter meramente propagandístico y priorizar las relaciones prácticas. Para llevar a bien esta reorientación, Franco se apoyó en un nuevo sector, los tecnócratas del Opus Dei.

La apuesta por el desarrollismo en la política económica se compaginó con una nueva orientación diplomática en la que España ambicionó constituir una Comunidad Hispánica de Naciones capaz de intervenir en los asuntos

<sup>72</sup> I. SAZ CAMPOS, *España contra España*, p. 52.

<sup>73</sup> A. MARTÍN ARTAJO, *Hacia la comunidad hispánica de naciones*, pp. 98-100.

<sup>74</sup> A. MINARDI, «El franquismo a la luz de sus metáforas», p. 123.

internacionales. Este nuevo proyecto de integración supranacional, defendido por Alberto Martín Artajo y Fernando María Castiella (ministros de Asuntos Exteriores entre 1945-1957 y 1957-1969), pasaba por un proceso paulatino de cooperación que superara el estricto plano cultural para abordar los ámbitos político y económico. Según proclamaba en 1956 el propio ministro Martín Artajo, dicho proyecto no encubría ninguna ambición imperialista ni intención dominadora, sino que descansaba en el hecho efectivo e indestructible de una comunidad espiritual<sup>75</sup>. Con todo, no desapareció el objetivo de hacer del bloque hispánico un baluarte contra el contagio comunista, un riesgo que se hizo más palpable con el triunfo de la revolución cubana en 1959.

A pesar de todo, se intentó mitigar en los años 1960 la carga ideológica de la acción exterior española y orientarla hacia la cooperación económica, técnica y científica: el Instituto de Cultura Hispánica suavizó algo el discurso que había prevalecido hasta entonces y centró su acción en los campos educativo y cultural<sup>76</sup>. Mediante la acción cultural del Instituto o la labor diplomática en organizaciones como la Organización de Estados Americanos (donde España disponía de un puesto de miembro observador) y los programas de asistencia económica, España desarrolló hacia Iberoamérica una política de prestigio basada en la cooperación sectorial. Paralelamente a esta apuesta por un americanismo práctico, menos ambicioso pero de realizaciones más palpables, la diplomacia española mantuvo como eje prioritario la integración europea. No por ello desapareció el mito de la Hispanidad, aunque a partir de entonces fue utilizado preferentemente para fines de política interior.

Si bien como aspiración política y cultural la Hispanidad resultó un fracaso relativo a nivel exterior, muy distinta fue su suerte para el escenario interior. Al igual de lo que se observó en la política exterior, el fondo ideológico que orientaba la política interior del régimen fue adaptándose a las circunstancias. Partiendo de unas bases filofascistas —el nacionalsindicalismo— para encaminarse hacia un conservadurismo autoritario —el nacionalcatolicismo—, el régimen encontró en la Hispanidad un mito suficientemente dúctil y adaptable para constituir el hilo conductor de su propaganda interna. Esta evolución se observó en los cambios que conoció la política nacionalizadora que el régimen puso en práctica para construir una sociedad a su imagen y asegurarse su lealtad. Si bien el recurso a la historia tendió a ceder el paso a otras fuentes como herramienta de socialización política en las décadas de 1950 y 1960<sup>77</sup>, el americanismo conservó su carácter vertebrador para el nacionalismo español. Este ideario mantuvo su orientación cristiana, pero sus manifestaciones perdieron el carácter beligerante e imperialista que había caracterizado la Hispanidad a los inicios de la Dictadura. La suavización del discurso no significó una completa desideologización de la cultura oficial pero la reorientó hacia el

<sup>75</sup> *Ibid.*, pp. v-vii.

<sup>76</sup> L. DELGADO GÓMEZ-ESCALONILLA, «La política latinoamericana de España», pp. 147-148.

<sup>77</sup> C. Boyd, *Historia Patria* (2000), p. 237.

acompañamiento de las nuevas prioridades del Gobierno, la plena integración en el bloque occidental, la cooperación con las naciones iberoamericanas, el control de una sociedad que se abría a modelos exteriores a través del consumo y del aflujo de turistas.

La Hispanidad prosiguió en ese período su incrustación en los pliegues de la cultura española. Este mito llevaba consigo un arsenal de lugares, fechas, homenajes e imágenes con fuerte carga simbólica que fueron poblando la literatura, el teatro, el cine, los programas de radio o televisión, los sellos postales, los productos de consumo, los destinos del turismo interior, etcétera. Por eso puede hablarse de nacionalismo banal, o sea de una presencia difusa de América o de las imágenes y memoria que se le asocian en las manifestaciones sociales y culturales de la sociedad: así fue popularizándose una serie de concepciones, imágenes, tópicos.

Ya subrayamos el uso propagandístico que se hizo del cine con el ejemplo de la película *Raza*. Muchas otras producciones de ambientación histórica salieron a la luz en las décadas siguientes, lo cual indica el interés que tuvo el régimen en recurrir a la industria del cine para actualizar y popularizar los mitos imperiales, las glorias hispanas y la gesta colonizadora y evangelizadora. Dichas producciones intentaban recomponer en el imaginario colectivo la época imperial y presentar sus páginas más épicas con un código de valores presidido por la cruz y la espada<sup>78</sup>. A través de la productora CIFESA por ejemplo, se produjeron bajo el amparo del Estado toda una serie de largometrajes que recorrían todo el florilegio épico que podía contener el pasado hispánico. Citemos en particular la película de Juan de Orduña *Alba de América* (1951), torpe biografía de Cristóbal Colón que narraba la proeza del descubridor, desde su encuentro con los Reyes Católicos hasta la llegada a América, sin olvidar su estancia en La Rábida. Entre los mayores éxitos, también cabe añadir la película de José María Elorrieta *Los conquistadores del Pacífico* (1963), que narra las aventuras del explorador Vasco Núñez de Balboa. La comparación entre estas dos películas evidencia el proceso de desideologización y americanización de la cultura observable en los sesenta: después de servir de soporte para el mito de la cruzada en nombre de la fe, la empresa americana se convirtió en una fuente inagotable para películas de aventuras con actores fotogénicos. Por su potencial pintoresco y cautivador, la épica de la conquista pareció imponerse como temática predilecta de las grandes distribuciones. Así, en 1971 el director Julio Coll estrenó *La Araucana (La conquista de Chile)*, coproducción de España, Chile, Italia y Perú: basada en el poema épico de Alonso de Ercilla, retrazaba la expedición a Chile de Pedro de Valdivia, que tuvo que afrontar la enconada resistencia de los indios mapuches.

Al igual que en el cine, la gesta americana de los siglos xv-xvi siguió floreciendo en los tebeos para jóvenes. Valga como ejemplo la serie *Hombres Famosos* (Ediciones Toray, 1968-1969), historietas en forma de biografías sobre personajes célebres de la historia mundial, fundamentalmente políticos y militares.

<sup>78</sup> E. MAZA ZORRILLA, *Miradas desde la historia*, p. 105.

## LA HISPANIDAD BAJO EL FRANQUISMO

De los veinte números que llegaron a publicarse, tres estuvieron dedicados a grandes nombres del imperio español de América: «La gran aventura de Hernán Cortés» (nº 1), «Fray Junípero Serra, evangelizador de California» (nº 8) y «Cristóbal Colón, descubridor de América» (nº 11). Así la obra colonial española quedaba sintetizada en tres cuadros aventajados y sugestivos para un público joven: la conquista, la evangelización y las exploraciones oceánicas. El sello postal es otro ejemplo de la multiplicación de referencias americanas: si para el período 1939-1958 sólo se registra la impresión de un sello con temática americana, este motivo se hace muy frecuente entre 1960 y 1975, llegando el recuento a más de treinta sellos diferentes<sup>79</sup>. Así, en 1960 se lanzaron series anuales de sellos programadas para ser emitidas cada 12 de octubre: hasta 1970 se llamaron «Forjadores de América» y repasaron los personajes célebres del período colonial, y a partir de 1971 se denominaron «Hispanidad» y estuvieron consagradas a monumentos y ciudades americanas.

De acuerdo con su programa de cooperación iberoamericana, el régimen acometió una tarea de alto contenido simbólico. Con tal de acompañar sus ambiciones exteriores con una diplomacia de bronce y mármol, lanzó un programa de edificación de monumentos conmemorativos en la capital. De modo prudente, los de contenido más problemático fueron circunscritos al Parque del Oeste, singularmente los dedicados a celebrar la memoria de tres libertadores americanos: Bolívar, San Martín y Artigas<sup>80</sup>. Otros encontraron sitio en avenidas y plazas más céntricas, como el obelisco dedicado a los Héroes del Plus Ultra<sup>81</sup>, significativamente edificado frente al Cuartel General del Ejército del Aire. Más allá de las estatuas consagradas a grandes hombres difusores de la ciencia y el arte hispánicos (el explorador Núñez de Balboa, el poeta Rubén Darío o el gramático Andrés Bello)<sup>82</sup>, sobresale otro ejemplo tanto por su ubicación como por su simbología. Denominado «A la Hispanidad», este monumento de roca y aluminio, obra de Agustín de la Herrán, fue expuesto en el Museo de América para la Fiesta de la Hispanidad de 1970<sup>83</sup>, siendo luego colocado enfrente del edificio e inaugurado en junio de 1971 en presencia del príncipe Juan Carlos, junto con el Gobierno y representantes de varios países iberoamericanos. Se trataba de un monolito coronado por un grupo escultórico alegórico del «encuentro» de dos civilizaciones: de un tronco de encina surgía un guerrero español a caballo que levantaba a una mujer india —representación de América— en un abrazo de amor (fig. 6, p. 100).

<sup>79</sup> F. MONROY-AVELLA, *Géopolitique de l'Espagne à travers l'iconographie du timbre-poste*, pp. 30-42.

<sup>80</sup> Las estatuas ecuestres de San Martín (obra de Joseph-Louis Daumas), Bolívar (obra de Emilio Laíza Campos) y Artigas (copia de la obra de Juan Luis Blanes Linari para Montevideo) fueron inauguradas en 1961, 1970 y 1975 respectivamente.

<sup>81</sup> Homenaje a los aviadores que realizaron el primer vuelo que unió España y América en 1926, el monumento fue realizado en 1951 por el escultor Rafael Sanz y el arquitecto Luis Gutiérrez Soto.

<sup>82</sup> El monumento a Balboa, obra de Enrique Pérez Comendador, fue inaugurado en 1954, a raíz del VI Congreso de la Unión Postal de las Américas y España. Los dedicados a Darío y Bello, obras de José Planes y Juan Abascal Fuentes, lo fueron en 1967 y 1972. Sobre el tema de la «latino-estatuomanía» durante el franquismo, véase D. ROLLAND *et alii*, *L'Espagne, la France et l'Amérique latine*, pp. 460-474.

<sup>83</sup> «Monumento a la Hispanidad», *ABC*, 11 de octubre de 1970, p. 11.



Fig. 6. — Agustín de la Herrán, Monumento a la Hispanidad, inaugurado en 1971, Madrid [*Memoria gráfica de la emigración española*, a través de la revista *Carta de España*] (© Ministerio de Trabajo e Inmigración)

El carácter eufemístico de la evocación de la conquista traducía el nuevo rumbo que el régimen había otorgado a la Hispanidad, convertida ya en instrumento de concordia y fraternidad.

Similar tendencia registró la fiesta del 12 de octubre. Para librarse definitivamente de dudosas evocaciones, la fiesta fue rebautizada en 1958 como Día de la Hispanidad e integró el calendario oficial de la Dictadura. El preámbulo del decreto que instituía el 12 de octubre quería disociar esta conmemoración de cualquier pasadismo y otorgarle un sentido de paz y solidaridad, aunque no dejaba de referirse a las tres virtudes teologales:

No sería justo limitar hoy la conmemoración del descubrimiento al recuerdo de un pasado incomparablemente grande y bello. [...] De aquí el que debemos entender principalmente este aniversario como una prometedora vertiente hacia el futuro; y la Hispanidad misma como doctrina de Fe, de Amor y de Esperanza que, asegurando la libertad y la dignidad del hombre, alcanza con idéntico rigor a España y a todos los pueblos de la América Hispana<sup>84</sup>.

<sup>84</sup> Decreto del 10 de enero de 1958 (véase decreto 2234/1958, *BOE*, 8 de febrero de 1958, núm. 34, pp. 203-204).

## LA HISPANIDAD BAJO EL FRANQUISMO

Desde la década de 1950, además de cobrar un estatus oficial, la conmemoración del 12 de octubre se convirtió en una fiesta itinerante, que fue recorriendo, año tras año, las diferentes ciudades que tuvieron algún protagonismo en la gestación del Descubrimiento: Granada, Barcelona, Alcalá de Henares, Burgos...<sup>85</sup>. Este recorrido por la geografía española no sólo permitía mantener en el tiempo el interés por esta fiesta, ofreciéndole marcos diferentes, sino que servía también para articular las identidades a un nivel local, regional y nacional. Festejado con desfiles, carrozas, danzas típicas de España y distintos países latinoamericanos, la Fiesta de la Hispanidad así fue aprovechada para cimentar a una sociedad española cada vez más atraída por señas de identidad no compatibles con la cultura oficial.

Este último ejemplo ilustra la singular adaptabilidad de la Hispanidad, vector de nacionalización durante las distintas etapas del régimen franquista. Este mito concentraba un haz de significados que, más allá de las evoluciones, conformaban el fondo ideológico del régimen: convocaba un patriotismo basado en el culto al héroe y al soldado, una concepción tradicional de la sociedad, una obsesión por la unidad de la nación y de la comunidad hispánica, una visión maniquea de la historia injustamente atacada por sus enemigos, una visión orgullosa de España como la cabeza de un imperio espiritual o de un bloque de naciones libres y, por fin, una exaltación de la fe católica como clave del genio nacional<sup>86</sup>.

### LA HISPANIDAD, UN MITO DÚCTIL ADAPTADO A LAS EVOLUCIONES DEL RÉGIMEN Y LA SOCIEDAD ESPAÑOLAS

Aunque alcanzó su cénit en la fase inicial hasta 1953, la Hispanidad fue un mito polivalente, maleable y acomodaticio que supo adaptarse a las evoluciones culturales e ideológicas del largo período franquista. Como soporte ideológico y propagandístico, la noción de Hispanidad resultó marcadamente imprecisa y sufrió sucesivos ajustes para adecuarse al cambiante contexto internacional<sup>87</sup>. Ideado por los colaboradores de *Acción Española*, la Hispanidad se convirtió desde los años treinta en un programa de vertebración nacional y en un núcleo polarizador del destino comunitario español<sup>88</sup>. Paralelamente, la referencia a la Hispanidad sirvió para sublimar la frustración imperial del nacionalismo español. Fue matriz de un nacionalismo expansivo que nació como utopía imperialista a instancias del falangismo y, a partir de 1945, evolucionó hacia un expansionismo de carácter cultural, basado en el espíritu universalista del catolicismo.

<sup>85</sup> M. GARCÍA SEBASTIANI y D. MARCIHACY, David, «América y la fiesta del 12 de octubre», pp. 385-387.

<sup>86</sup> E. GONZÁLEZ CALLEJA y F. LIMÓN NEVADO, *La Hispanidad como instrumento de combate*, p. 8.

<sup>87</sup> L. DELGADO GÓMEZ-ESCALONILLA, «De la regeneración intelectual a la legitimación ideológica», p. 70.

<sup>88</sup> P. C. GONZÁLEZ CUEVAS, «Hispanidad», p. 619.

El concepto de Hispanidad tuvo una excepcional capacidad asimiladora que le permitió aglutinar y articular valores dispares, que constituían todos el fondo ideológico del régimen franquista: a lo largo de la Dictadura, fue el mejor soporte de un culto nacionalista que celebraba juntamente la patria, la nación, la raza, el imperio y el catolicismo, ingredientes todos del nacionalcatolicismo<sup>89</sup>. Como instrumento propagandístico, la Hispanidad con el mito que se le asoció tuvo un doble papel: por un lado, sirvió en el escenario interior como soporte de un cuerpo de doctrina destinado a legitimar la Dictadura y cohesionar a las distintas familias del régimen. Paralelamente, su trasfondo ideológico católico y neoimperialista ofreció al régimen una ambición internacional que orientó su política exterior. La conjunción de estos dos papeles explica el éxito y la perdurabilidad de este concepto. También nos demuestra que un concepto supranacional puede ser nacionalizador.

Aunque fue central en la proyección diplomática del régimen dictatorial, el proyecto político y cultural de la Hispanidad no dio todos los resultados esperados en el plano de las ambiciones exteriores para la España franquista. En cambio, como fuente inagotable de imágenes y símbolos, el mito de la Hispanidad ayudó potentemente a socializar, e incluso a popularizar, el fondo ideológico que sustentaba al régimen. A través de la educación, de los noticieros, del cine y de la radio o de las manifestaciones del nacionalismo banal, constituyó un instrumento incomparable para la propaganda de la Dictadura. Prueba de su perdurabilidad y eficacia, se prolongó más allá del régimen que le había dado su carta de honor, puesto que la democracia restaurada confirmó en 1981 su carácter de símbolo nacional, consagrando el 12 de octubre como «Fiesta Nacional de España y Día de la Hispanidad»<sup>90</sup>. Sólo con el paso de los años y ante la inminencia del V Centenario del Descubrimiento de América, el Gobierno socialista de Felipe González abandonaría el título oficial de la Hispanidad, sin poder encontrarle sustituto que tuviese el mismo peso y materia<sup>91</sup>.

<sup>89</sup> *Ibid.*

<sup>90</sup> Real Decreto del 27 de noviembre de 1981 (véase Real Decreto 3217/1981, *BOE*, 1 de enero de 1982, núm. 1, p. 3).

<sup>91</sup> Significativamente, la ley del 7 de octubre de 1987 rebautizó el 12 de octubre como «Fiesta Nacional», sin otra referencia (véase Ley 18/1987, *BOE*, 8 de octubre de 1987, núm. 241, p. 30149).